

Ontología de la Revolución martiana del 95.

Hayled Martín Reyes Martín

24 febrero 2021

El 24 de febrero de 1895 es una de las fechas más importante de la historia de Cuba. Al decir de José Martí, la *Guerra necesaria*; también conocida como la Guerra del 95. Necesaria en dos sentidos, uno, para acabar con el “reposo turbulento” de entreguerras y hacer el “saneamiento y emancipación del país” y, dos, para alcanzar definitivamente la independencia nacional. Además de la continuidad manifiesta de las luchas independentistas, fue una guerra que tuvo por esencia la unidad, tanto generacional como “racial” de los cubanos.

Son muchos los historiadores que han escrito sobre el tema. No está de más recurrir a la memoria histórica de tan significativo acontecimiento. Aunque, por esta ocasión, nos referiremos brevemente al organizador de aquella epopeya, a la figura central de Cuba: José Martí. Nadie duda de que la Guerra del 95 fue la revolución martiana. No sólo lo haremos desde el punto de vista biográfico, sino también desde la idea martiana de la liberación, desde la ontología de su proyecto emancipador.

El poeta francés Arthur Rimbaud dijo que “la verdadera vida está ausente”. Más allá de la connotación metafísica que pueda tener la cita poética, la idea representa lo que está fuera-de-sí, en este caso, fuera de la vida. Este “fuera” no es otra cosa que la *exterioridad*. Si entendemos por vida (propia) el “mundo” de un individuo, *su mundo* —como pudiera llamarse “el mundo de Carpentier” o de cualquier otro ser humano—, la ausencia sería lo que no tiene o lo que *no* “hay”. Entonces la ausencia siempre sería la ausencia de la “otra parte”, de lo Otro. En el proyecto liberador martiano la Cuba decimonónica era la exterioridad colonial de la Metrópolis, representaba lo exterior a España, lo que estaba *fuera*. Además, la idea denota la generación de *movimiento*; movimiento hacia otro *topos*, es decir, hacia un lugar-otro. Este movimiento hacia lo Otro aparece en Martí como un *deseo*, deseo de ser libre, donde el deseo se torna igual a la *necesidad*; en este caso, necesidad de la independencia. Es la génesis de la Revolución martiana que se realiza el 24 de febrero de 1895. Al respecto, el filósofo judío Emmanuel Levinas dice que “el deseo

tiende hacia lo *totalmente otro*, hacia lo *absolutamente otro*” (Levinas 2002, p. 57). Martí agregaría que el deseo y la necesidad se mueven hacia lo *radicalmente otro*.

El mundo europeo, y occidental en general, siempre ha reducido lo Otro al Mismo. Esta mismidad del *cogito* cartesiano reclama en su egoísmo imperialista la pertenencia para sí del otro. Esto se repite en el mundo colonial y es una constante en el mundo moderno capitalista. La *ipseidad* socrática que domina el mundo se fundamenta en la “razón” y en el conocimiento, y se fija en la máxima, “no recibir [o aceptar] nada del Otro sino lo que está en mí” (Levinas, p. 67). Martí diría, “la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros” (OC, t. 6, p. 19). Entonces la razón que se manifiesta como *libre* neutraliza y coapta lo Otro negándole su libertad. Dicho de otra forma, el *cogito* subsume la libertad del Otro.

El héroe cubano entendió con absoluta claridad desde bien joven, por la difícil situación del país, por el levantamiento en armas del 68, por el presidio sufrido, por el destierro y por sus experiencias en España que la Metrópolis veía en Cuba no a una colonia, sino a una parte inseparable de su “ser”; cuando el sentir real de los cubanos era el de un Otro para España. La patria estaba “otrificada” para los cubanos. Aquí es donde entra a jugar un papel esencial la ontología, pero no la ontología como fundamento filosófico, sino como el presupuesto ontológico *real*. Es decir, la ontología como una “relación ética”. Esto es: si el Ser es impersonal, lo más general, lo universal, y el *ente* es la “cosa” que *es*, (el) “alguno”, lo particular, Martí invierte esta relación ser-ente, que expone el predominio del ser sobre el ente (lo subordina), para fundar relaciones ónticas donde el ente se manifiesta en una ética de libertad y justicia. En otras palabras, Martí pone en primer lugar la ética y su *particularidad* de lo humano, y después a la *universalidad* ontológica.

También, hay que aclarar, y este es otro elemento distinguible en Martí, que la guerra iniciada en 1895 no era una guerra de odios. En el propio documento rector, que correría la voz de la independencia, conocido como el *Manifiesto de Montecristi*, firmado el 25 de marzo de 1895 por Martí y el General Máximo Gómez, se lee, “la guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá[n] gozar respetado[s], y aun amado[s], de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino” (OC, t. 4, p. 94).

Más adelante vuelve sobre la idea,

En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al [bravo] español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su [hogar] casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad (OC, t. 4, p. 97-98).

Otro aspecto memorable de la práctica martiana en la Revolución del 95 es el acabar de una vez por todas con el racismo en Cuba. Hermanar hombres era su tarea, y lo logró con la inclusión del negro en la magna cita. Al blanco y al negro los veía como iguales, como a hermanos. Para el Apóstol las razas no eran más que otro juego eurocéntrico de palabras para categorizar a ese Otro, en este caso el negro, que no entraba en el “mundo” colonial.

Por otro lado, la tan ansiada libertad de Cuba no es para Martí una satisfacción personal. No es un sentido a llenar. No es un significado vacío de contenido. Ya el Maestro le había dado sentido a su vida, y tenía muy bien llenados sus significados. El ser cubano —y el ser latinoamericano— tenían (tienen) vaciados su contenido en la *identidad*. Era la identificación de la identidad. (Dicho sea de paso, y por asomo, el ser latinoamericano posee una identidad tan marcada que sólo se expresa así en esta parte del mundo; por ejemplo, se va de un país a otro y todos se entienden ya sea por lenguaje, por la forma de ser, por la cultura).

En este punto es donde Martí “entra” en ruptura con la *totalidad*. Totalidad colonial que no permitía que Cuba fuese libre. Totalidad en la que Cuba no entraba porque quedaba “fuera” del *mundo*. La isla representaba el Otro de ese mundo colonial. “El Otro trasciende la totalidad”. La Revolución martiana del 95 trasciende esa totalidad. “Trascender” para Martí era romper con el estado de cosas colonial. Trascender la totalidad colonial era para Martí ser soberanos.

Por eso, con la Revolución martiana del 95, Martí aspiraba a encontrar en el Mundo un “lugar” para los cubanos; lugar donde el ser cubano *puede*, dependiendo de una realidad colonial que es otra y que aplasta las libertades patrias, ser a pesar de esta dependencia, libre.

Cuando el próximo 24 de febrero se cumpla un aniversario más del “Grito de Baire”, inevitablemente se estará recordando al Héroe Nacional de Cuba, José Martí, principal organizador y gestor del magno evento. También se recordará su poesía de luz, que

iluminó esta tierra por el tiempo, acaso con aquellos versos a su amada Cuba que dicen, “Cual bandera/ Que invita a batallar, la llama roja/ De la vela flamea. Las ventanas/ Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo/ Las hojas del clavel, como una nube/ Que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...” (OC, t. 16, p. 252).

Referencias bibliográficas

- Levinas, E. (2002). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad* (trad. Daniel E. Guillot) (6ta ed.). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Martí, J. (1991). “Flores del destierro”. En *Obras Completas*, t. 16. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1991). “Manifiesto de Montecristi”. En *Obras Completas*, t. 4. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1991). “Nuestra América”. En *Obras Completas*, t. 6. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.